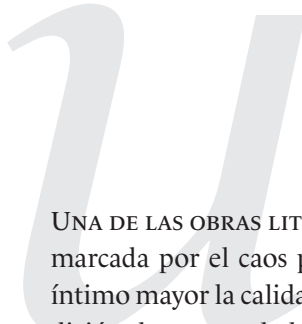


A falta de casa, el país fue otro  
Notas sobre Elena Garro

Brenda Ríos



UNA DE LAS OBRAS LITERARIAS MÁS SÓLIDAS de la narrativa universal está marcada por el caos personal que vivió su autora. A mayor derrumbe íntimo mayor la calidad de los ladrillos de su casa-trabajo, como una maldición de cuento de hadas. No hubo príncipe, hubo un poeta oficial, al servicio del Estado, imagen nacional: casi héroe patrio. No hubo hija princesa que alumbrara el mundo, sino una alcohólica que odiaba al padre. Es de odio como se hizo esa trinidad diabólica. No de amor para siempre donde todos fueran felices y tan tan. El ingenuo director del documental sobre su vida le pregunta “Elena, ¿eres feliz?”, y ella, con sorna, responde “La felicidad no existe”.

Elena Garro, autora del siglo pasado, es una de las mejores que ha dado México. Su historia está marcada por dos elementos siniestros: el azar del amor y el delirio de persecución. Es conocido que ella le ganó el término de realismo mágico al tedioso pero célebre Gabriel García Márquez, ya que publica cuatro años antes que *Cien años de soledad* esa obra, si bien breve, *Los recuerdos del porvenir*. Lo irónico es que mientras los críticos apalearían años después a la *bestseller* Isabel Allende por publicar una novela muy parecida a la del colombiano, *La casa de los espíritus*, pocos se fijaron en el colombiano publicando algo similar a la mexicana. Coincidencias.

Entre 1991 y 1996, José Antonio Cordero realiza un documental sobre su vida. *La cuarta casa, retrato de Elena Garro* (2002) es un relato crudo, en blanco y negro, con entrevistas a ella y a Helena Paz. Un documental que se filmó en la casa donde Garro fue alojada a su regreso a México, en Cuernavaca, donde pasaría los últimos años de su vida subvencionada por una beca del gobierno mexicano, el mismo que, ella diría, la orilló a irse años antes. El mismo que tenía intervenida su casa y donde ella temió por su seguridad.

El documental es una lección de vida. Cuando uno ve un documental sobre una estrella de rock queda la enseñanza de cómo las estrellas

brillan por muy poco tiempo y luego se pulverizan: Hendrix, Joplin, Winehouse o *fill in the blanks*. Lo que los griegos sabían hacer tan bien: el drama era una enseñanza moral para conservar el orden público, las leyes deben ser resguardadas. Sófocles era el mejor: mostraba lo que podía pasar a cualquiera que osara desobedecer. Pero cuando uno ve el “final” literal de esta mujer convertida en una anciana con poca coordinación mental, absorta por la enfermedad, la soledad, hecha esqueleto con bata de algodón, acompañada por una hija que balbucea completamente borracha, lo que queda es un espectador atónito y no afligido por la vida perdida. Nadie nos tenía que decir que los dioses bajan a tener grandes vidas como fuimos enseñados a creer que es una gran vida. Nadie nos tiene que decir que hay un Olimpo y hay una mujer que se llama Nina Simone cuyo triunfo hace soñar a toda niña, negra y blanca, pero más a la negra, que todo podría estar en sus manos si hay talento. Luego, tristemente, ese talento no sirve para mucho.

Esa es la moraleja griega. Cruda, como si estuviera filmada en blanco y negro. Garro no estaría exenta de su fatal, definitiva, cruenta, blanda humanidad. La anciana confiesa a la cámara (el entrevistador no aparece nunca a cuadro) lo que ella creía que iba a pasar. Su racismo, su lucha de clases particular. Ella, la güera, la blanca, la todopoderosa, no iba a ser menos que los indios, esos salvajes entrenados en la maleza y lo sobrenatural. Se mete en una lucha extraña para defender lo más lejano: la lucha de la tierra en los años sesenta, luego tomaría tanto protagonismo que estaría involucrada en una historia de traición a la patria en el movimiento estudiantil de 1968. Nunca pensó que le sucedería algo, como en los cuentos que tienen lugar en su infancia, ella debió ser eximida por su color de piel y su clase. Los culpables debían ser otros. La caída de su propio pedestal fue insalvable. Comenzó la huida

de su país y la búsqueda de cualquier otro sitio. A eso le debemos cuentos donde su protagonista se halla en hoteles en París sin salir de la habitación, pidiendo comida al cuarto, esperando a alguien y empeñando las joyas mientras llega. En teoría, es el amante, Adolfo Bioy Casares. Pero en teoría eso también fracasa. Ella permanece con la hija, viajando de un lugar a otro con los veinte gatos y los pocos trastos que pudieran coger en el camino. Se dice que su ex marido pagó innumerables cuentas de hoteles. Pero también se dicen muchas otras cosas. Un mito.

Hay en su obra el hálito fuerte de quien asume el temor como lo más natural y actúa en consecuencia. Garro daría un diamante en bruto a quien pudiera leer. Pero su obra no llegaría tan fácil a los lectores. Apenas hace un par de años el Fondo de Cultura Económica “rescató” a escritoras mexicanas de lectura obligada como ella, Inés Arredondo, Amparo Dávila, Josefina Vicens. Nelly Campobello tenía a su favor el siglo antepasado, *Cartucho* y *Las manos de mamá* habían asegurado su entrada al altar de los pequeños dioses. Debe ser coincidencia que tal hazaña ocurra después de la muerte de Paz, ya que mientras él vivió no se movía el aire en ninguna dirección sin su permiso.

Ella, Narciso, se oculta en la imagen propia, en su rostro, incapaz de ver algo más y quizá por ello ve demasiado. “El único hogar sólido que voy a tener es la tumba”, dice en el documental cuando confiesa que sólo quería una casa, una casa normal, con papá y mamá, que tomaran café con leche pues el matrimonio era para poder tomar café con leche. Dice en *Un hogar sólido*:

—¡Un hogar sólido, Muni! Eso mismo quería yo... Y ya sabes, me llevaron a una casa extraña y en ella no hallé sino relojes y unos ojos sin párpados, que miraron durante años. Yo pulía los pisos, para no ver los miles de palabras muertas que las criadas barrían por las mañanas. Lustraban los espejos, para ahuyentar nuestras

miradas hostiles. Esperaba que una mañana surgiera de su azogue la imagen amorosa. Abría libros, para abrir avenidas en aquel infierno circular. Bordaba servilletas, con iniciales enlazadas, para hallar el hilo mágico, irrompible, que hace de dos nombres uno...

El final de esa obra de teatro donde los muertos viven con los vestidos en que fueron enterrados es de una perfección notable. Una escritura cerrada como tejido impermeable. En el sube y baja de la vida y la obra ella iba de un lugar a otro con el peso multiplicado. Si hubiera tomado la escritura como tomó el proyecto de vivir, su droga fue su propia ocultación. Al contrario de la estrella de rock consumida por sobredosis de heroína, ella alcanzó a vivir ochenta y dos años, como un castigo tal vez: una larga vida para lamentarse y sin un último *fix* de felicidad.

Pero todo fue inútil. Los ojos furiosos no dejaron de mirarme nunca. Si pudiera encontrar la araña que vivió en mi casa —me decía a mí misma— con su hilo invisible que une la flor a la luz, la manzana al perfume, la mujer al hombre, cosería amorosos párpados a estos ojos que me miran, y esta casa entraría en el orden solar. Cada balcón sería una patria diferente; sus muebles florecerían; de sus copas brotarían surtidores; de las sábanas, alfombras mágicas para viajar al sueño; de las manos de mis niños, castillos, banderas, y batallas... pero no encontré el hilo, Muni...

La anciana del documental en cambio recuerda un río cerca de Iguala —al que intentó volver y no encontró— donde pasó su infancia, a la cual se refiere como un paraíso, y a su primo rubio con quien jugaba de niña. Quizá ese primo-esposo del que estaba enamorada en *La culpa es de los tlaxcaltecas*.

Se lamenta de su mala suerte.

Todo salió mal, afirma, y chasquea la lengua. 